

# vida silvestre



REVISTA  
DE LA FUNDACION  
VIDA SILVESTRE  
ARGENTINA

Año III N°12

Nuestra Antártida • CBI  
Reportaje: Kenton Miller

Experiencias

# Viaje al último Sur

*Secreto amparado por la inaccesibilidad y el clima, el continente antártico reserva a sus contados visitantes el conmovedor espectáculo de una Naturaleza intocada, sin recelo alguno*

Intentar reunir en unas pocas páginas las innumerables características y detalles de la Antártida, sería como atreverse a describir un desierto teniendo sólo por muestra un puñado de arena. Un atrevimiento. Una falta de respeto a la imaginación y a la creatividad de la Naturaleza. El extremo de nuestro planeta es, a mi enten-

der, un gran secreto escondido tras hielo, viento y mar embravecido. Un secreto que se transforma y nos permite conocer aquello que a veces nuestros ojos no ven. Como un hechizo, el témpano —peligro mortal de los barcos— se convierte en formas gigantescas, que sólo Jonathan Swift pudo haber imaginado. Y el viento, fabricante in-

visible de olas amenazantes, en el vozarrón de dioses australes.

La Antártida se me presenta como una ciudad milenaria, oculta en la profundidad de la selva o sepultada en tierras remotas: una imponente Troya bajo cero. Así como, en la sistemática reconstrucción de palacios y templos, los arqueólogos interpretan y traducen las voces del pasado, en nuestro viaje discurren las reglas de oro del equilibrio natural, el planeta no destruido, la playa no invadida. Por alguna razón absolutamente comprensible, los grandes secretos se protegen de la voracidad humana bajo cientos de metros de polvo, o en la oscuridad de sus guaridas. Como una constante, se deben sortear kilómetros de desiertos, alturas mortificantes, excavaciones interminables.

Y, en el caso de la Antártida, el primer escollo se llama Pasaje de Drake. Pero, a esta altura, quizá sea necesario hacer una aclaración. El “descubrimien-



to", si así puede llamárselo, que pretendo relatarles, se refiere exclusivamente a la experiencia personal de haber viajado a la Antártida y a la interpretación de lo visto en ese lugar. Lamentablemente, la única manera de haber descubierto esta nueva tierra implicaba integrar la tripulación de Magallanes, Cook, Brown o la de algún barco foquero. Y, para bien o mal, mi aparición cronológica fue muy posterior.

**E**s así que, 450 años después de que Francisco de Hoces, capitán del "San Lesmés", navegara por primera vez el hoy erróneamente llamado "Pasaje de Drake", me dispuse a cruzar uno de los lugares del mundo donde, cuando el viento se hace presente —situación casi habitual—, la navegación se convierte en un desafío. Repasemos entonces qué ocurrió al dejar atrás el Cabo de Hornos. Como arrastrado por una mano invisible, el transporte polar *ARA Bahía Paraíso* co-

menzó a inclinarse de un lado hacia el otro, a internarse en las aguas entre ola y ola de tal forma que el horizonte desaparecía, dando la impresión de hallarnos entre dos paredes líquidas. De aquellos dos días (en líneas generales, es el tiempo que se tarda en cruzar el Pasaje), recuerdo precisamente dos imágenes: una sonora y otra visual.

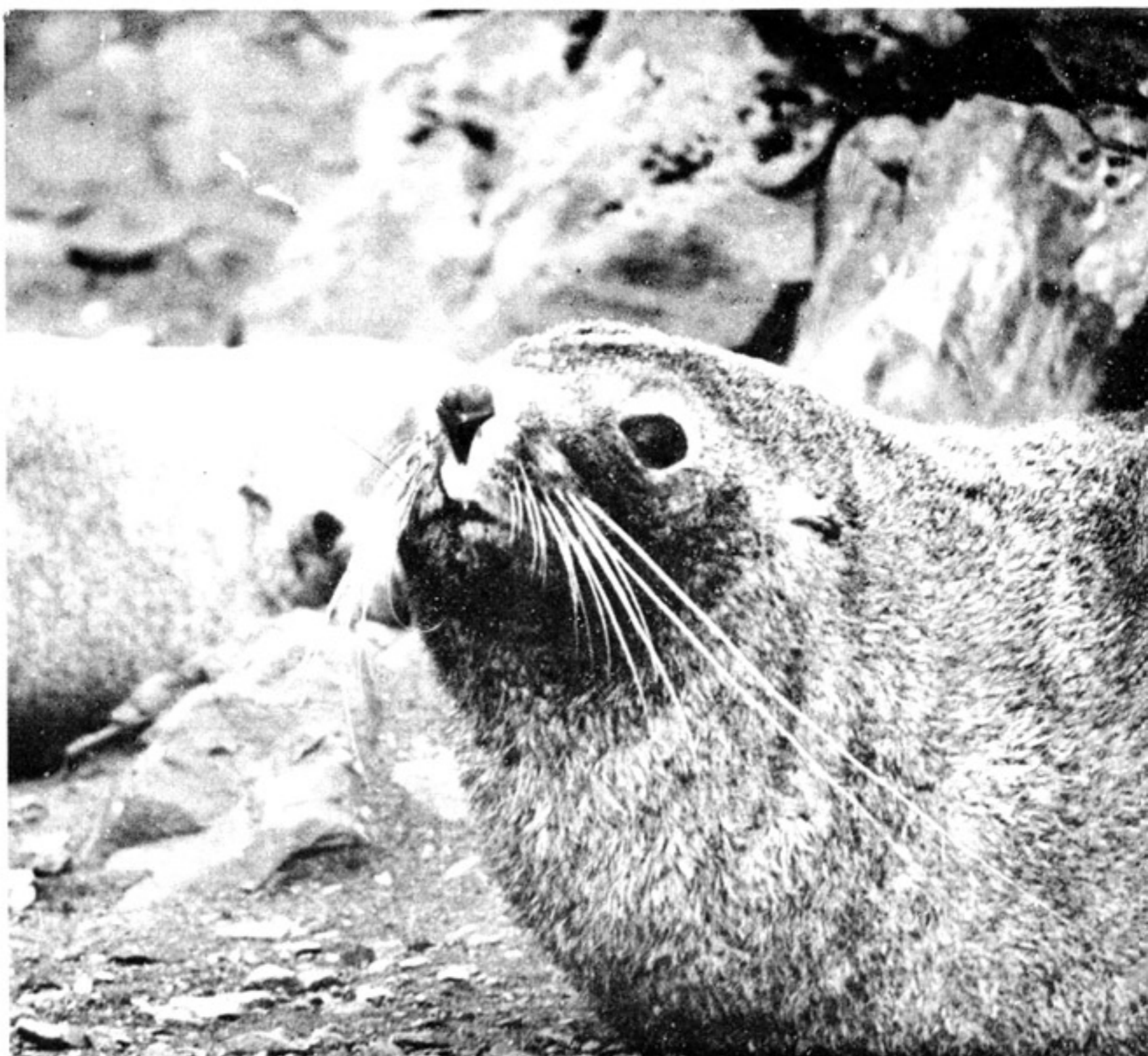
La primera se refiere al viento y su ruido ensordecedor. Varias veces había leído sobre el "alarido" del viento, y pensé que se trataba de una exageración, producto de la imaginación de los escritores. Pero, en esta oportunidad, pude comprobarlo en persona. Relacionaba, hasta ese momento, el viento fuerte con cielos tormentosos, con nubes amenazantes. Aquí se daba lo contrario. El cielo transparente de la tarde hacía aún más invisible al viento. No había tormenta, nubes oscuras ni rayo que lo presentara. Era la fuerza del planeta con dirección Este. Y entre el viento, como haciendo caso omiso a su furia, las aves que pacientemente seguían

al barco. Rara vez se entremezclaban. Cerca de la popa, los petreles gigantes (*Macronectes giganteus*), esperaban alimentarse de las sobras que fueran arrojadas al mar. Más allá, con el mismo fin, pero como queriendo diferenciar su perfecta forma aerodinámica y su imponente superficie alar (más de 3 metros), se encontraba el domesticador del viento: el albatros gigante (*Diomedea exulans*). Se asemeja a una aparición, ya que desaparece entre las olas y vuelve a dejarse ver de repente. El negro y blanco de sus alas, se recorta con la precisión de una navaja sobre el cielo. Y es incansable. Se ha calculado que en su vida puede recorrer algo así como cuatro millones de kilómetros. Sin duda, un animal ▶

---

A la austeridad paisajística, la Antártida contrapone la vitalidad de sus pobladas colonias de aves y mamíferos —como el lobo fino antártico de la foto inferior—, que exhiben un candoroso grado de confianza hacia nuestra especie.

---



# Viaje al último Sur

sobrenatural. Como dicen, el pájaro que hace soplar a la brisa.

Como las murallas de una fortaleza ciclópea, los témpanos aparecieron en el horizonte. Ya estábamos en la Antártida y con proa a las Islas Shetlands. Los enormes témpanos a los que hacía referencia son producto de desprendimientos de las grandes barreras de hielo. Por gracia del viento o las corrientes, vagan a lo largo y ancho de toda la zona, llegando incluso muy al Norte. Se convierten en una nota de atención permanente para los barcos que navegan el área. Chocar contra estas moles de hielo, a veces de cientos de metros de largo por cientos de alto, debe ser aterrador. El *Titanic*, en otra zona, pudo comprobarlo.

Los témpanos se convierten, también, en lugares de descanso para pingüinos y focas. Resulta sorprendente ver en bloques de hielo que sobrepasan los 30 metros de altura, grandes concentraciones de pingüinos de Adelia (*Pygoscelis adeliae*) u otras especies. Cómo llegaron hasta allí o cómo regresarán al mar, resulta un buen interrogante. Saltar desde esa altura no es la mejor alternativa, así que seguramente aprovecharán las grandes olas que manejan estas plataformas heladas como si fueran trozos de madera balsa. Y, ya que mencionamos a los pingüinos de Adelia, detengámonos en ellos. Cuando visité la colonia que se encuentra en la Bahía Esperanza, muy cerca de la base homónima, tuve la sensación de hallarme en el medio de una gran manifestación, rodeado de miles de pingüinos. Esta colonia reúne aproximadamente a 200.000 ejemplares. Como cabía esperar, entonces, el griterío era caótico y, la actividad, incesante por todas partes. La zona estaba íntegramente cubierta de nidos, y cada

pingüino parecía cumplir un rito diferente. Unos, con sus alas extendidas, el cuello erecto y el pico hacia arriba, chillaban buscando a sus crías o defendiendo con bravura su pequeño territorio.

En esas latitudes, las aves cuentan con muy pocos recursos para la construcción de sus nidos, por lo que los pingüinos utilizan piedras que, no sin gran cuidado, transportan con el pico. Mi lugar preferido para observar la colonia estaba cerca del mar, donde podía mirar la ida y vuelta de las aves al agua. Estas son comedoras de krill, y la pareja se alterna con el propósito de buscar comida. Algunos —los que se aventuraban al mar— pegaban enormes saltos desde una roca. Los que llegaban, a su vez, aprovechaban la rompiente para catapultarse hacia tierra firme. Los pichones, con su característico plumón, esperaban agrupados el regreso de sus padres y observaban, inquietos, el sobrevuelo de las palomas antárticas (*Chionis alba*) y los skuas (*Catharacta lonnbergi*). Estas dos especies se alimentan, en parte, de pingüinos muertos o enfermos, contribuyendo de importante manera a la sanidad de la colonia. Se estima entre 27 y 50 millones la población de pingüinos de Adelia, lo cual la convierte en la más abundante.

En aquella ocasión, tuve la fortuna de pasar varios días en la zona del Estrecho Antártico y admirar, no sólo a los pingüinos de Adelia, sino también a los de barbijo (*Pygoscelis antarctica*) y los papúa (*Pygoscelis papua*), nadando en grandes grupos, desmintiendo la idea de que no vuelan. Sin duda, lo hacen; pero en el agua. Era fascinante observar de qué manera hacían su aparición, nadando rítmicamente, con una gracia en absoluto opuesta a la que manifiestan en tierra. Claro que el mar, que ofrece alimento, a veces exige su tributo de peligro y muerte. Oculta en el disfraz de una foca leopardo (*Hydrurga leptonyx*) o en el de una orca (*Orcinus orca*),

surge desde las profundidades y, de un golpe, arrebató la vida del pingüino. Sin venganza, con la única premeditación del hambre, estos animales cumplen con los designios de la Naturaleza. Con la misma "crueldad", el pingüino —quizá segundos atrás— se alimentaba de krill, de la misma manera en que nosotros, mañana tal vez, arrancaremos y comeremos una manzana.

Cerca de la pingüinera, los cazadores patrullan el área. El comportamiento que las focas leopardo y las orcas despliegan en la captura de pingüinos, presenta algunas diferencias. La primera, dada su característica de poder permanecer sin problemas fuera del agua, se aventura sobre tierra firme o sobre los témpanos, cuando no permanece en el agua a la espera de encontrar pingüinos nadando. Fue impresionante observarla nadar bajo un bloque de hielo plano, que transparentaba sus cuatro metros de largo. Sobre ella, un grupo de pingüinos de barbijo se



movían, intranquilos. Estaban en una situación sin salida. No podían saltar al agua y escapar nadando, ni tampoco mantenerse en el lugar, ya que el predador iba a intentar trepar en cualquier momento. Los esperaban los amenazantes dientes con que cuenta esta foca, y la hipnótica y aterradora mirada de unos penetrantes ojos verdes. El desenlace fue terminante: el leopardo marino optó por trepar al bloque de hielo y, en un movimiento velocísimo, atrapó con sus fuertes mandíbulas a una de las aves.

**L**as orcas, mamíferos gregarios, actúan de manera diferente. En grupos de 3 a 8 ejemplares, con los machos adultos por delante y hembras y juveniles por detrás, nadan entre los campos de hielo a la búsqueda de sus presas. Su magnífica adaptación al medio marino, sumada a su impresionante textura física, las favorece para capturar, entre otros, peces, focas, elefantes marinos y pingüinos. Con respecto a estos últi-

mos, suele verse a la orca perseguirlos en mar abierto o utilizar su formidable fuerza para quebrar la plataforma donde estos se encuentran. La orca resulta, quizás, el cetáceo más abundante de la Antártida y su distribución es cosmopolita.

**M**uy distinta es la situación de otros grandes cetáceos, como la ballena azul (*Balaenoptera musculus*) o la ballena jorobada (*Megaptera novaeangliae*), para sólo citar dos. Sus poblaciones, perseguidas implacablemente, fueron puestas al borde de la desaparición. Los mares antárticos que antaño contaban con su frecuente presencia, hoy extrañan la visita de estos gigantes. De vez en cuando, como sufriendo una burla del destino, nadan frente a las playas de la Isla Decepción, donde —secados por el viento y el sol— descansan los huesos de miles de ballenas sacrificadas en el pasado. Las factorías antárticas son hoy ya un recuerdo, y sus paredes se desploman bajo el aire helado. Las

grandes ballenas —las últimas que quedan— pueden alimentarse en esta zona casi sin temor. Aunque es probable que sobre ellas se haya prendido, sin que lo sepan, un futuro atroz: el de la irremediable extinción. Hay quienes se desentienden del problema. Tan es así que el cañón-arpón de los barcos japoneses y soviéticos aún tienen por blanco a la vida de las relativamente pequeñas ballenas minke (*Balaenoptera acutorostrata*) que frecuentan la zona. Los huesos siguen en la playa, como un signo de atención para todos aquellos que por allí pasen. Sólo que algunos miran para otro lado o se sumergen en la soledad de su inconciencia.

**E**l paisaje de la península antártica contrasta vivamente con, por ejemplo, el de las islas Shetlands. Mientras ▶

---

Dos representantes de la avifauna del continente blanco: el gregario pingüino de Adelia (*Pygoscelis adeliae*) y el skua (*Catharacta lonnbergi*), una especie depredadora.

---



# Viaje al último Sur

que en la primera el hielo y la nieve aparecen por doquier, muchas veces hasta el borde del mar, en el archipiélago resulta frecuente observar la presencia de musgos y líquenes, que incorporan un color verdoso al escenario. Es en éste donde la formación de playas permite a los elefantes marinos (*Mirounga leonina*) establecer sus colonias, al igual que a los lobos de dos pelos antárticos (*Arctocephalus gazella*), otras víctimas de la irracionalidad humana. Debido a su pelaje, "apropiado" para la confección de tapados y sacos, este otarido fue perseguido por los foceros desde el 1700. Bastaron 200 años para que culminaran su absurda tarea. El resultado fue siniestro, y sólo en algunas playas de la Antártida es posible observar un animal que antes era común.

El elefante marino corrió la misma suerte. Recién en 1964 se prohibió su captura. De todos modos, esa tardía protección permite que, a partir de septiembre, las playas continúen recibiendo a los machos. A la búsqueda de hembras y territorio, éstos se desplazan como orugas gigantes. Separados, los machos jóvenes esperan una oportunidad, mientras sueñan con un futuro que los consagre regentes de 10 a 25 hembras y de un reino de apenas 200 metros de largo. Para mantenerlo deberán luchar encarnizadamente, golpearse en forma brutal con sus cuellos y dejar abiertas heridas, producto de sus afilados dientes.

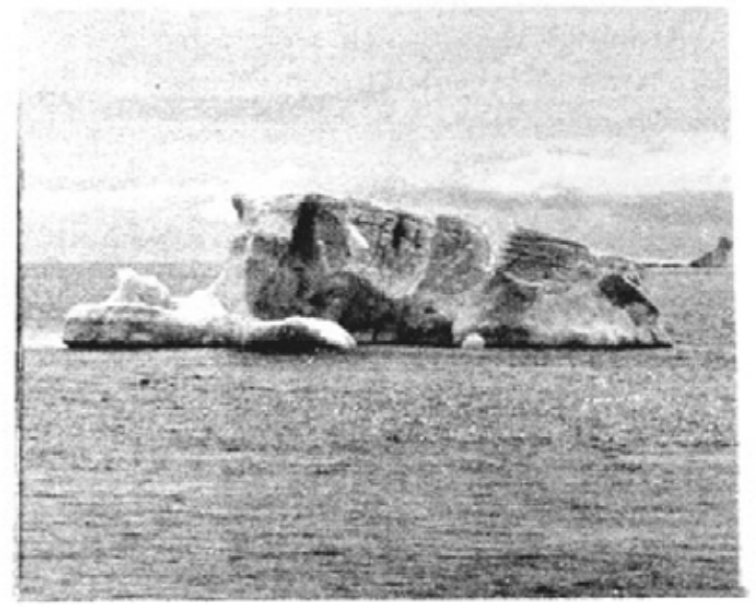
Completa el panorama de pinnípedos la foca de Ross (*Ommatophoca rossi*), especie que a raíz de su baja población y lo recóndito de su hábitat (Mar de Ross), hizo pensar erróneamente que en realidad no existía y se trataba de una confusión con la foca de Weddell (*Leptonychotes weddelli*) o con la foca cangrejera (*Lobodon carcinophagus*).

A medida que avanzábamos hacia el Sur, los campos de hielo se iban compactando y el mar desaparecía bajo un manto helado. Cuando el sol se recostaba sobre el horizonte, el buque, aprovechando alguna caleta segura, fondeaba. Descubrí, así, que la noche no ha sido todavía inventada por esos lugares. Así que, sin límite de horarios, podía observar desde la popa las aves que se aproximaban a nosotros.

Recuerdo el petrel del Cabo (*Daption capensis*), que en bandadas de 20 a 40 se alimentaba de las sobras arrojadas por el *Bahía Paraíso*, de la misma forma que el petrel de Wilson (*Oceanites oceanicus*). Este, dada su peculiar manera de volar a ras del agua, con sus patas colgando, da toda la impresión de caminar sobre la superficie.

Quedan tantas cosas por comentar, tantos pájaros, cetáceos y accidentes geográficos en la memoria, que este recuerdo podría prolongarse más y más, conspirando contra los límites físicos del presente artículo. Llegó la hora del punto final. Aunque, antes de terminar, unas palabras para un integrante de la clave natural, un animal que seguramente participará del futuro no sólo de las especies antárticas, sino también del hombre. Me refiero al krill (*Euphasia superba*). Este pequeño crustáceo es el principal eslabón de la cadena alimenticia del mar austral. El hombre ya ha comenzado a capturarlo con fines comerciales. Tengamos en cuenta que esta pieza fundamental no va a perdonar un error de nuestra parte. Si la manejamos irracionalmente, se convertirá en el detonador que destruirá el ecosistema antártico y, quién sabe, en el principio de nuestro fin.

Por hoy, este periplo va quedando atrás. Al paraíso de Adán y Eva lo perdimos hace mucho tiempo. Pero, para todos aquellos que disfrutamos del contacto puro de la Naturaleza, del acercarnos sin miedo



mutuo a los animales y compartir con ellos un lugar común, la Antártida es todavía una especie de paraíso. En esta oportunidad he preferido dejarme llevar por el corazón, apartándome de la otra cara que forma la moneda. Las cuestiones políticas, el Tratado Antártico, las poblaciones humanas, la explotación de los recursos vivos, en fin, una serie de cuestiones que condicionan la vida de la Antártida en general.

El témpano azulado o la gaviota skua que, a pesar de parecer agresiva, me deja tocarla, han refirmado el camino a seguir. La conservación de la Naturaleza es una lucha no violenta, que debemos afrontar todos los días. El mercurio, veneno letal, ha sido encontrado en pingüinos antárticos y las manchas de petróleo ya han comenzado a sombrear el blanco puro de la nieve. Sin duda, se nos presenta una batalla en la cual no debemos ceder, aunque ya algunos nos preguntamos si no luchamos por un ideal perdido, por una meta inalcanzable. Nos queda la satisfacción personal de enarbolar una actitud ya casi extinguida en el mundo de hoy: la de jugarse y defender un sentimiento, una idea. Como decía al principio de este recuerdo, un puñado de arena no alcanza para describir un desierto, como tampoco una vivencia de hielo e inmensidad volcada en palabras puede delinear las intrincadas correlaciones y características de la Antártida. En ambos casos, irremediamente para nuestro relato, la arena y el hielo se nos escapan entre los dedos y nada podemos hacer ●

Texto y fotos: Alfredo A. Lichter